



ASIMOV
SEGUNDA
FUNDACIÓN

Hari Seldon predijo la caída del Imperio, y, con el fin de restaurar la civilización en el menor tiempo posible, creó dos Fundaciones.

La primera fue establecida en Términus a plena luz del conocimiento público. La segunda, «en el otro extremo de la galaxia», tomó forma bajo un velo de total silencio, ya que custodia las leyes de la psichistoria, que solo son válidas mientras permanezcan en secreto.

Cuando la Primera Fundación fue conquistada por el poder de una sola persona, un mutante llamado el Mulo, la Segunda Fundación se vio forzada a revelar su existencia y, lo que es peor, una parte de su poder. El Mulo y los vestigios de la Primera Fundación harán cualquier cosa por descubrirla.

Esta es la historia de la Segunda Fundación.

Para Marcia, John y Stan

Prologo

El Primer Imperio Galáctico había resistido durante decenas de miles de años. Había incluido a todos los planetas de la galaxia en un gobierno centralizado, en ocasiones despótico, en ocasiones benévolo, pero siempre disciplinado. Los seres humanos habían olvidado que podía haber otras maneras de existencia.

Todos excepto Hari Seldon.

Hari Seldon fue el último gran científico del Primer Imperio. Fue él quien llevó la ciencia de la psichistoria a su máximo desarrollo. La psichistoria era la quintaesencia de la sociología: era la ciencia de la conducta humana reducida a ecuaciones matemáticas.

El ser humano como individuo es impredecible, pero las reacciones de las aglomeraciones, según descubrió Seldon, pueden tratarse estadísticamente. Cuanto mayor sea la aglomeración, tanto mayor será la exactitud que se consiga, y el tamaño de las masas humanas con las que trabajó Seldon abarcaba nada menos que la población de la galaxia al completo, que en aquella época se contaba por trillones.

Fue Seldon, entonces, quien predijo, contra toda lógica y en contra también de la opinión generalizada, que el rutilante Imperio que tan fuerte parecía estaba en un estado de irremediable decadencia y declive. Predijo (o resolvió las ecuaciones e interpretó los símbolos, pues en lo mismo resulta) que dejada a su albedrío la galaxia pasaría

por un período de treinta mil años de penuria y anarquía antes de que un gobierno unificado se irguiera de nuevo.

Puso en marcha un plan para remediar la situación, para dar lugar a un estado de cosas que restaurara la paz y la civilización en tan solo un milenio. Cuidadosamente estableció dos colonias de científicos a las que llamó «fundaciones». Las instaló deliberadamente en «extremos opuestos de la galaxia». Una de ellas se estableció a plena luz del conocimiento público; la existencia de la otra, la Segunda Fundación, se ahogó en el silencio.

En *Fundación* (Gnome, 1951) y *Fundación e Imperio* (Gnome, 1952) se relatan los tres primeros siglos de historia de la Primera Fundación. Esta comenzó como una pequeña comunidad de enciclopedistas perdidos en la yerma periferia exterior de la galaxia. De forma periódica se enfrentó con crisis en las que las variables de las relaciones humanas, de las corrientes sociales y económicas del momento la constreñían, limitando su libertad de movimiento a una sola línea de actuación posible, de modo que cuando avanzaba en esa dirección un nuevo horizonte de desarrollo se desplegaba ante sí. Todo había sido planeado por Hari Seldon, fallecido mucho tiempo atrás.

La Primera Fundación, con su ciencia superior, tomó el control de los planetas que la rodeaban, que habían caído en la barbarie. Se enfrentó a los anárquicos generales que partían del Imperio moribundo y los venció; se enfrentó a los restos del Imperio bajo su último emperador poderoso y su último general fuerte y también resultó victoriosa.

Entonces se las vio contra algo que Hari Seldon no podía prever: el sobrecogedor poder de un único ser humano, un mutante. La criatura conocida como el Mulo nació con la habilidad de moldear las emociones de los hombres y manipular sus mentes. Sus más encarnizados oponentes se convirtieron en sus devotos sirvientes. Los ejércitos no podían (o mejor dicho, su voluntad alterada no quería) luchar contra él. Frente al Mulo, la Primera Fun-

dación sucumbió y los planes de Seldon quedaron en parte en ruinas.

Se mantenía la misteriosa Segunda Fundación, objeto de todas las búsquedas. El Mulo tenía que encontrarla para completar su conquista galáctica; los fieles a lo que quedó de la Primera Fundación, por motivos bien diferentes. ¿Pero dónde se encontraba? Nadie lo sabía.

Esta es, pues, la historia de la búsqueda de la Segunda Fundación.

Primera Parte

El Mulo inicia la búsqueda

El Mulo. [...] Fue tras el colapso de la Primera Fundación cuando los aspectos constructivos del régimen del Mulo tomaron forma. Tras la desmembración definitiva del Primer Imperio Galáctico fue él el primero en aparecer en la historia con un volumen unificado de espacio de alcance auténticamente imperial. El anterior imperio comercial de la derribada Fundación había sido heterogéneo y carente de cohesión interna, pese al respaldo intangible de las predicciones de la psicohistoria. No tenía comparación con la «Unión de Mundos» controlada con mano férrea por el Mulo y cuya extensión incluía una décima parte del volumen de la galaxia y una decimoquinta parte de su población. Particularmente durante la Era de la Búsqueda, como se la conoce, [...]

–Enciclopedia Galáctica^[1]

1

Dos hombres y el Mulo

La enciclopedia tiene mucho más que decir sobre el tema del Mulo y su imperio, pero casi todo ello es ajeno al asunto que nos concierne y en cualquier caso en su mayor parte es excesivamente árido para nuestro propósito. Principalmente, el artículo se ocupa en este punto de las condiciones económicas que llevaron al ascenso del «Primer Ciudadano de la Unión», el título oficial del Mulo, y de las consecuencias económicas derivadas de ello.

Si en algún momento el redactor del artículo experimenta un cierto asombro ante el pasmoso ímpetu con que el Mulo pasó de la nada a poseer un vasto dominio en solo cinco años, lo disimula; y si le resulta sorprendente el repentino cese de su expansión en favor de un lustro de consolidación del territorio conquistado, lo oculta.

Por consiguiente abandonamos la enciclopedia y continuamos nuestro propio camino para lograr aquello que nos hemos propuesto, y comenzamos el relato de la historia del gran Interregno (entre el Primer y el Segundo Imperio Galáctico) desde el final de esos cinco años de consolidación.

Políticamente, la Unión vive en paz; económicamente, es próspera. Pocos desearían cambiar la paz del férreo control del Mulo por el caos que la había precedido. En los mundos que cinco años atrás habían pertenecido a la esfera de la Fundación podía existir un recuerdo nostálgico, pero nada más. Los líderes de la Fundación estaban

muertos, donde resultaban inútiles; o habían sido convertidos, allá donde eran de alguna utilidad.

Y entre los convertidos el más útil era Han Pritcher, ahora teniente general.

En los días de la Fundación, Han Pritcher había sido capitán y miembro de la clandestina Oposición Democrática. Cuando la Fundación sucumbió al Mulo sin resistencia, Pritcher luchó contra él, hasta que fue convertido.

La conversión no era de las ordinarias, que se consiguen con la fuerza de una razón superior. Han Pritcher lo sabía bien. Él se había transformado porque el Mulo era un mutante con poderes psíquicos con plena capacidad para ajustar a su conveniencia las condiciones de los seres humanos comunes, pero estaba plenamente satisfecho con ello. Así era como debía ser. Esa misma satisfacción con la conversión era uno de sus principales síntomas, pero a Han Pritcher esto ya ni siquiera le interesaba.

Ahora que volvía de su quinta gran expedición por la inmensidad de la galaxia exterior a la Unión, el veterano piloto espacial y agente de la inteligencia mostraba un franco optimismo al pensar en su cada vez más cercana audiencia con el Primer Ciudadano. Su rostro duro, como esculpido en una madera oscura y sin vetas que no parecía capaz de sonreír sin agrietarse, no lo demostraba, pero las manifestaciones externas eran innecesarias. El Mulo podía leer las emociones del interior, hasta la más mínima, de la misma manera que un hombre ordinario podía interpretar el significado de un fruncimiento de ceño.

Pritcher dejó su coche aéreo en los antiguos hangares del virrey y se adentró en el área de palacio a pie, según dictaban las normas. Caminó algo más de un kilómetro por la carretera señalizada con flechas, que estaba vacía y silenciosa. Pritcher sabía que no encontraría ni un solo guardia ni un solo soldado ni un solo hombre armado en

toda el área de palacio, que se extendía por kilómetros cuadrados.

El Mulo no necesitaba protección.

El todopoderoso Mulo era el mejor protector de sí mismo.

Las pisadas de Pritcher golpeaban suavemente sus propios oídos mientras los muros metálicos de palacio, refulgentes, increíblemente ligeros e increíblemente recios al tiempo, se iban alzando frente a él formando las arca-das enérgicas, dinámicas y pretenciosas que caracteriza-ban la arquitectura de las postrimerías del Imperio. El pa-lacio se erguía potente sobre el terreno yermo, dominan-do la ciudad que se extendía en el horizonte.

En palacio, solo, se encontraba aquel hombre de cuyos sobrehumanos atributos mentales dependía la nueva aris-tocracia y toda la estructura de la Unión.

La colosal puerta se abrió suavemente de par en par al acercarse el general, que entró. Penetró por la amplia ram-pa móvil que ascendió bajo sus pies. Se elevó rápidamente en el ascensor insonoro y se paró frente a la pequeña y sencilla puerta de la cámara privada del Mulo en lo más al-to de las brillantes agujas de palacio. La puerta se abrió.

Bail Channis era joven. Bail Channis no había sido conver-tido. Es decir, expresado de manera sencilla, el Mulo no había manipulado su estructura emocional, que conserva-ba tal cual había sido modelada partiendo de la forma ori-ginal de su herencia mediante las subsiguientes modifica-ciones de su entorno. Y eso lo satisfacía, también.

Todavía no había llegado a la treintena y sin embargo disfrutaba de una inmejorable reputación en la capital. Era atractivo y perspicaz, y por lo tanto gozaba de éxito en la sociedad. Era inteligente y poseía un firme control sobre sí mismo, y por ello el Mulo lo apreciaba. Ambos éxitos lo complacían enormemente.

Y ahora, por primera vez, el Mulo lo convocaba a una audiencia personal.

Sus piernas lo condujeron a través de la larga y reluciente carretera que se prolongaba hacia las estilizadas torres de espuma de aluminio que habían sido una vez la residencia del virrey de Kalgan, que gobernó bajo los antiguos emperadores; y que posteriormente se transformaron en la residencia de los príncipes independientes de Kalgan, quienes gobernaron en su propio nombre, y que eran ahora la residencia del Primer Ciudadano de la Unión, gobernante de su propio imperio.

Channis tarareó suavemente para sí. No tenía duda de cuál era el asunto a tratar. ¡La Segunda Fundación, naturalmente! Ese fluido viscoso que lo impregnaba todo, cuya mera idea había hecho cambiar la política de expansionismo ilimitado del Mulo por una estática cautela. El término oficial era «consolidación».

Ahora se extendían rumores, rumores imposibles de frenar: el Mulo estaba a punto de retomar la ofensiva..., el Mulo había descubierto el paradero de la Segunda Fundación e iba a atacar..., el Mulo había llegado a un acuerdo con la Segunda Fundación y se habían dividido la galaxia..., el Mulo había decidido que la Segunda Fundación no existía e iba a hacerse con toda la galaxia...

Sería inútil listar todas las variedades que se oían en las antecámaras. Ni siquiera era la primera vez que circulaban tales rumores, pero ahora parecían ganar cuerpo, y todos los espíritus libres y vehementes a los que la guerra, las aventuras militares y el caos político dan alas, aquellos que languidecen en tiempos de estabilidad y paz estanca, se regocijaban.

Bail Channis era uno de estos. No temía a la misteriosa Segunda Fundación. De hecho, tampoco temía al Mulo, y se jactaba de ello. Quizás algunos que no veían con buenos ojos a alguien a la vez tan joven y tan próspero esperaban en la sombra el momento de ajustar cuentas con el

preferido de las alegres muchachas, que hacía uso de su ingenio a costa de la apariencia física del Mulo y de su vida enclaustrada. Ninguno se atrevía a unírsele y pocos osaban reír, pero su fama se extendió mientras nada malo le sucedía.

Channis iba improvisando la letra de la melodía que tarareaba: palabras sin sentido con un estribillo recurrente: «la Segunda Fundación amenaza a la nación y a toda la creación».

Estaba en palacio.

La colosal puerta se abrió suavemente de par en par al sentir su presencia. Entró. Se colocó sobre la amplia rampa móvil, que ascendió bajo sus pies. Se elevó rápidamente en el ascensor insonoro y se paró frente a la pequeña y sencilla puerta de la cámara privada del Mulo en lo más alto de las brillantes agujas de palacio. La puerta se abrió.

El hombre sin otro nombre que el Mulo, sin otro título que el de Primer Ciudadano, echó un vistazo a través de la transparencia unidireccional de la pared hacia la luminosa y noble ciudad que se extendía en el horizonte.

En el ocaso las estrellas comenzaban a mostrarse, pero ninguna de ellas le debía lealtad a él.

Sonrió con una amargura efímera ante este pensamiento. La lealtad de esas estrellas se debía a una personalidad que pocos habían visto.

No era un hombre cuya imagen admirar, el Mulo; no era un hombre al que contemplar sin irrisión. Sus escasos cincuenta kilos de peso se distribuían en un metro y medio de altura, sus miembros eran como tallos huesudos que sobresalían de su escualidez con unos ángulos grotescos, y su esquelético rostro se veía eclipsado por la prominencia del pico carnoso que despuntaba casi medio palmo de la cara.

Solamente sus ojos traicionaban la gran farsa que era el Mulo. Eran ojos suaves (una extraña suavidad en el mayor conquistador de la galaxia) y la tristeza nunca los abandonaba.

En la ciudad se encontraba toda la jovialidad de la lujosa capital de un mundo de lujo. Podría haber establecido la capital en la Fundación, el más poderoso de los enemigos conquistados, pero resultaba lejana, en el extremo exterior de la galaxia. Kalgan, ubicado más cerca del centro y con su larga tradición como lugar de recreo de la aristocracia, le convenía más, estratégicamente.

Pero en el tradicional optimismo de Kalgan, avivado por una prosperidad nunca vista, el Mulo no encontraba la paz.

Lo temían, le obedecían y, tal vez, hasta lo respetaban... guardando una distancia prudencial. Pero, ¿quién podría no mirarlo con desdén? Solo aquellos a los que había convertido. ¿Y qué valor poseía su lealtad artificial? Le faltaba autenticidad. Podía haber adoptado títulos e instaurado ceremonias rituales inventadas, pero ni siquiera eso habría cambiado nada. Más valía, o por lo menos no era peor, ser simplemente el Primer Ciudadano y vivir en la sombra.

Sintió un repentino impulso de rebelión dentro de sí, fuerte y violento. No se le había de negar ni una porción de la galaxia. Durante un lustro había permanecido en silencio y enterrado allí en Kalgan debido a la eterna, intangible y omnipresente amenaza de una Segunda Fundación invisible, silenciosa y desconocida. Tenía treinta y dos años. No lo era, pero se sentía viejo. Su cuerpo, independientemente de sus poderes psíquicos, era débil físicamente.

¡Todas las estrellas! Todas y cada una de las estrellas que alcanzaba a ver y las que no podía vislumbrar. ¡Todo tenía que ser suyo!

Vengarse de todos: de una humanidad de la que no formaba parte, de una galaxia en la que no encajaba.

La aséptica luz de alerta parpadeó sobre su cabeza. Podía seguir el avance del hombre que había entrado en palacio y, simultáneamente, como si hubiera aumentado la potencia y sensibilidad de su sentido mutante durante el crepúsculo, sintió la oleada de contenido emocional tocar las fibras de su mente.

Reconoció sin esfuerzo la identidad del hombre: era Pritcher.

El capitán Pritcher, de lo que había sido la Fundación. El capitán Pritcher, al que los burócratas y el Gobierno en decadencia habían pasado por alto y ninguneado. El capitán Pritcher, a quien había liberado de su trabajo de espía de poca monta, rescatándolo del fango. El capitán Pritcher, al que había ascendido a coronel, primero y general, después, ampliando su ámbito de acción a todo el territorio galáctico.

El ahora general Pritcher era, por más que inicialmente hubiera ofrecido una férrea resistencia, completamente leal. Y a pesar de todo, no era leal gracias a los beneficios obtenidos, ni lo era por gratitud, ni lo era como justo agradecimiento, sino que lo era por obra del artificio de la conversión.

El Mulo era consciente de la existencia de esa fuerte e inalterable pátina de lealtad y amor que teñía cada recoveco y cada pliegue del cuerpo emocional de Han Pritcher: la había implantado él mismo cinco años antes. Por debajo de esa pátina, se mantenían los vestigios de su obcecada individualidad, su impaciencia en el ejercicio del poder y su idealismo... si bien ni siquiera a él le resultaba sencillo ya detectarlos.

La puerta se abrió a sus espaldas y se giró. La transparencia del muro fue enturbiándose hasta volverse opaca y la purpúrea luz del final de la tarde dio lugar al resplandor blanquísimo de la energía atómica.